

sangre: esto procedia del misterio de la Eucarestia mal entendido. Decian tambien que, despues del banquete general, en que comian y bebian con exceso, arrojaban un pedazo de pan á un perro hambriento atado á un candelero, el cual le derribaba al saltar, apagando asi a única luz que les alumbraba; que en seguida, al favor de las tinieblas, se mezclaban hombres y mugeres indistintamente como las bestias segun el azar los reunia. Los Judíos fueron los principales autores de estas calumnias, y por absurdas que fuesen, el pueblo se las creia, de manera que los fieles se vieron en la necesidad de justificarse seriamente de ellas. (*Fleury.*)

Octava CIV.

Con una secta impura equivocando,

(14) La de los Guósticos, y Carpoeracianos, segun se dice en la nota p^{re}cedente.

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Navegacion de Cimodocea.—Desembarca en Jope.—
Sube á Jerusalem.—Elena la recibe como á hija.—
Semana Santa.—Respuesta de la Sibila de Cumas.
—Envía Hierocles un centurion que reclame á Ci-
modocea.—Pronuncia Diocleciano el edicto de per-
secucion.

CANTO XII.

I.

Del ángel de la mar el soplo blando
Llevaba velozmente la galera
En donde iba Cimódoce llorando.
La vieja Eurimedusa que siguiera
A la hija de Demódoco, mirando
Se alejaba á su vista la ribera,
Henchia el buque de ayes y gemidos,
Y así lanzaba al aire sus quejidos,

II.

“Tierra santa de Cécrope divino,
“Dó se habla de los dioses el idioma,
“¿Me apartará de tí siempre el destino?
“¿Quién me diera las alas de paloma
“Por volver á un lugar tan peregrino!
“Yo parára mi vuelo en la alta loma
“Del Itomo, y á mi amo le llevara
“Alegres nuevas de su hija cara.

III.

“Deseos vanos ¡ah!...lejos del puerto,
“De Neptuno surcando la ola undosa
“Dó tienen las Nereidas su concierto,
“De tí me aparta fuerza poderosa;
“La que á Ariadna llevó al lugar desierto,
“Un amante siguiendo cariñosa,
“Esta fuerza nos saca de tu seno,
“Cara patria, país de amores lleno!

IV.

En tanto la galera se acercaba
Al promontorio Sunio, (1) y ya de lejos
Su magnífico templo se ostentaba
Que herian de la luna los reflejos.
Con suave murmullo acariciaba
El piélagos el lugar que los consejos
Oyó otro tiempo de Platon divino
Que de ciencia sublime abrió el camino.

V.

Luego las islas Cycladas (2) dejando
A su izquierda, y bogando al medio día,
Las riberas de Chipre van tocando.
De la Diosa de Pafos se veía
El templo entre las olas ondulando
En una punta que la isla hacia;
A sazón que en la próxima floresta
De la cipria Deidad era la fiesta.

VI.

Ninfas medio desnudas vária danza
Formaban discurriendo en la espesura;
La cipria juventud, en la esperanza
De desatar de Venus la cintura,
Haciendo varios coros la alabanza
Cantaban de la Diosa; la aura pura
Del céfiro estos cánticos traía
A la nave que el mar en calma hendía.

CORO.

Ame mañana quien amar ignora,
Ame mañana quien amar ya sabe
Tierno y suave.

HIMNO.

Alma del orbe, Venus peregrina,
Tú das al mundo espíritu y aliento,
Tornas florido el valle y la colina,
Calmas el viento.
Tinte purpúreo das al blanco seno
De alba doncella, con suave linfa,

Bosques de mirtos, de perfumes lleno,
Busca la ninfa.
Busca á Cupido, por la sombra errante:
Teme, doncella, teme al Dios de Nido;
Lanza su mano sobre el pecho amante
Dardo encendido.
Ah! qué amorosa canta Filomela, (3)
Mil vueltas dando junto al Pafio templo,
Himno armonioso que su amor revela;
Seguid su ejemplo.

CORO.

Ame mañana quien amar ignora,
Ame mañana quien amar ya sabe
Tierno y suave.

HIMNO.

Isla dichosa, del amor asiento,
Altos misterios llenan tu retiro,
Céfiros blandos llevan con su aliento
Tierno suspiro.
Nauta cansado de surcar los mares,
Sirtes evita, deja rumbo incierto,
Plega la vela, acaba tus pesares
En nuestro puerto.
Fieros piratas, mar embravecido,
Circes no temas, pérfidas sirenas;
Solo en sus bosques labra el Dios Cupido
Blandas cadenas.
Dias serenos, vida placentera
Tejen las Gracias en tan bello asilo

Lleno de amores; solo Atropos fierá
Corta su hilo.
Venus celeste, todo aquí tu imperio
Dulce venera, tu poder y encanto:
Todos celebran de amor el misterio
Con suave canto.

CORO.

Ame mañana quien amar ignora,
Ame mañana quien amar ya sabe
Tierno y suave.

VII.

En el nauta este cántico llevaba
La turbacion. Con ruido armonioso
La bronceada proa el mar cortaba.
Cargado del perfume delicioso
De la flor del naranjo que exhalaba
El templo de Amatonta voluptuoso,
El céfiro la vela ondeando riza
Como el seno de madre primeriza.

VIII.

De la hija de Homero se apodera
Nociva languidez: combate interno
La da Astarte, parando la galera
Con encantos y hechizos del infierno.
Móvida de los cánticos, que oyera,
Recuerda la Vestal su esposo tierno,
Y turbada no sabe como rija
Su pasión sin que al nuevo culto aflija.

IX.

En lágrimas sus ojos inundados,
Consulta á Doroteo: "orad al cielo!"
La responde, y los dos arrodillados
Oran callando con fervor y anhelo;
El viento se levanta; los costados
Bate el mar del bajel, y en rauda vuelo
Se apartan de la isla voluptuosa
Que respiraba una aura peligrosa.

X.

Aun duraba la súplica ferviente,
Cuando como una sombra apareciera
La cumbre del Carmelo hácia el oriente.
Luego se vió de Siria la ribera,
Y la nave echó el ancla blandamente
En el puerto de Jope, dó surgiera
La flota en que á David Hiran mandaba
Cedros que para el templo preparaba.

XI.

Devoto peregrino que venia
A visitar el suelo consagrado
Por Jesus, en pisando la bahía,
Besa la tierra santa enagenado.
La inocente cristiana con su guia,
Para llegar al sitio deseado,
Con una caravana se incorpora
Que marchaba á Solima con la aurora.

XII.

Apenas pareció su luz brillante,
Cuando la voz del árabe se oyera,
Conductor de la tropa: en el instante
El peregrino fiel se dispusiera.
Curvándose el camello, en su pujante
Dorso pesados fardos recibiera;
Yeguas árabes y ónagros lijeros
Cabalgan los alegres viajeros.

XIII.

En un fuerte camello, con vistosa
Banderoleta y plumaje engalanado,
Cimodocea va: no tan hermosa
Se dejó ver de Isaac enamorado
Rebeca, el velo echando ruborosa;
Ni tampo Raquel, abandonado
El techo paternal, apareciera
A Jacob tan gallarda y placentera.

XIV.

Dejando á Jope, bosques de granados
Que perfuman de aromas la aura pura,
Se estienden del camino á los dos lados.
Luego entran de Saron en la llanura
Que disputa en los cánticos sagrados
Al Líbano y Carmelo la hermosura,
Cubierta de esta flor, cuya belleza
No igualó Salomon en su grandeza.

XV.

Las montañas penetran en seguida
De Judea, y el sitio veneraron
Dó nació el feliz reo que la vida
Halló en la cruz. Tambien te saludaron,
Cuna de Jeremías distinguida
Que aun respiras dolor! Luego pasaron
El claro arroyo que las piedras diera
Con que al fiero Goliad David hiriera.

XVI.

La tierra que hasta entonces aparece
Cubierta de verdor, ya no presenta
Sino un vasto desierto que estremece.
La desnudez y espanto se acrecienta.
Toda vegetacion desaparece.
Una roca de vista macilenta
Costean, y llegados á la cima,
El guia esclama: "ved allí Solima!"

XVII.

A esta voz el cristiano presuroso
Se precipita en tierra: aquel se via
prosternarse tres veces fervoroso;
Este con devocion su pecho heria;
Aquel otro apostrofa afectuoso
La sagrada ciudad; este seguia
En silencio de pasmo poseido,
Lágrimas derramaando eternido.

XVIII.

Memorias mil escitan la ternura
En aquellos piadosos peregrinos,
Y sus almas se llenan de dulzura
Contemplando del cielo los destinos.
¡Musa sacra! tú sola la pintura
Podrias dar de sitios tan divinos
Que de Adonái misterios grandes llenan,
Y en la voz del Profecta aun resuenan.

XIX.

Entre el rio Jordan y la Idumea
Se prolonga una sierra dilatada
Que va á unir al Yemén la Galilea;
En medio de ella yace una hondonada,
Y el monte desigual que la rodea,
Solo deja al oriente angosta entrada,
Por do ves el abismo del mar Muerto
Y los montes lejanos del desierto.

XX.

En este árido valle, en un recuesto,
Con muro del ariete conmovido,
De una antigua ciudad se mira el resto.
Algun nopal acá y allá esparcido,
Con el triste ciprés, signo funesto;
Algun aduar árabe construido
Como una sepultura blanqueada,
Tal es Salen del cielo reprobada.

XXI.

Y ¿dónde está, ó Sion, tu gentileza,
Y el esplendor antiguo que te hacia
La reina de las gentes en grandeza?
¿Cómo perdiste así tu gallardía?
¿Cómo así se ha eclipsado tu belleza?
¿Qué es de tu antigua gloria y ufanía?
¿Qué se hizo el templo? ¡ah!... leccion terrible,
Castigo del Señor justo y visible!

XXII.

En estos sitios áridos no obstante
Cierta especie de encanto hay encerrada
Que eleva al viajero: el sol brillante,
El águila en las nubes remontada,
Humilde hisopo, cedro rozagante,
Con toda la poética sagrada,
Allí está, allí habló Dios, y los vestigios
Recientes se ven aun de sus prodigios.

XXIII.

A este suelo sagrado Elena pia
Dirigiera sus pasos, intentando
Libertar de profana idolatria
El sepulcro de Cristo venerando.
De edificios magníficos queria
Rodear estos sitios, escitando
Los cristianos de todas las naciones
A venir á ayudarla con sus dones.

XXIV.

Ya una tropa de aquellos, descendiendo;
En las playas de Siria, se encamina,
Los piés desnudos, lágrimas vertiendo,
E himnos sacros cantando, á la colina
Do el prodijio se obró mas estupendo.
Doroteo y la bella peregrina
Van á hallar á este sitio tan divino
La Madre del gran César Constantino.

XXV.

La piadosa Princesa se llenára
De sobresalto, oyendo la furiosa
Persecucion que en Roma se prepara:
Al cielo alzó sus manos fervorosa.
En seguida acogió la esposa cara
Del amigo de su hijo afectuosa,
De una madre mostrando la ternura
Y el zelo de una santa y bondad pura.

XXVI.

“Ester! la dijo, en vos con alegría
“Contemplo de una jóven el semblante
“Que en sueños ví á la diestra de María.
“Yo seré vuestra madre tierna, amante.
“Dad gracias al Señor que os envia
“A este santo sepulcro: aquí el distante
“Cielo se une á la tierra, todo el brillo
“De su gloria mostrando al fiel sencillo.”

XXVII.

Cimódoce recibe enternecida
Estas dulces palabras. Cual frondosa
Cepa, por viento fuerte sacudida
Del olmo, cae en tierra lastimosa,
Mas si otro con su apoyo la convida,
Luego se abraza á él; así la esposa
De Eudoro, separada de su padre,
Un apoyo buscó en la nueva madre.

XXVIII.

Las siete Iglesias de Asia en tanto esta
De los próximos males informára.
Despues á los dos fieles manifiesta
Los trabajos inmensos que prepara
En la nueva Sion. Ya la floresta
De Venus sobre el Gólgota cortára,
Y halló la vera Cruz, reconocida
Por dar á un muerto su contacto vida.

XXIX.

Tambien de jaspe y mármol ha construido
Un templo que encerraba el venerado
Sepulcro de Jesus. Esclarecido
Por un bello cimborio, colocado
En medio de la iglesia y revestido
De jaspe blanco, el túmulo sagrado
En las fiestas mayores sirve de ara,
En donde el santo leño se adorára.

XXX.

Sombra opaca que escita idéa grave,
Se estiende en su interior; dulce armonia
Dejándose oír siempre, no se sabe
Quien forra los acuerdos; noche y dia
Se respira el incienso mas suave;
Y á través de la sombra se veia
Celebrar el misterio mas sagrado
En el mismo lugar en que fué obrado.

XXXI.

Cimódoce observaba atentamente
Tan soberbia basílica. Nacida
En el país de las artes, juzga y siente
Las bellezas de una obra construida
A impulsos de la fé en desierto ardiente.
Sobre todo se queda suspendida
Mirando los relieves de las puertas
De bronceadas láminas cubiertas.

XXXII.

Un monje del Jordan con luz divina
A artistas Laodicenses dió el diseño.
La ciudad santa en ellas se examina
Coronada de torres, de que es dueño
Un pueblo infiel, que asedia y extermina
La tropa mas brillante con empeno,
En los pechos llevando por veneras
La cruz que tremolaba en sus banderas.